

JOHN RUSKIN, *Las siete lámparas de la arquitectura*, 1849 extractos

Contra la banalización de los estilos históricos en la arquitectura burguesa:

Las molduras griegas tienen hoy, como sitio más corriente, las fachadas de nuestros almacenes. No hay en las calles y en las ciudades muestra de comerciante, ni escaparate, ni mostrador, que no esté revestido de adornos inventados para decorar templos y embellecer palacios de reyes. Y no presentan la más pequeña ventaja allí donde se las encuentra. No tienen valor alguno ni posibilidad alguna de producir placer; no hacen sino saciar la vista y prostituir sus propias formas.

Importancia de la arquitectura para la historia:

Podemos vivir sin ella, pero no podemos sin ella recordar. [...] No hay más que dos grandes conquistadores del olvido de los hombres: la poesía y la arquitectura. [...] Es preciso poseer, no sólo lo que los hombres han pensado y sentido, sino lo que sus manos han manejado, lo que su fuerza ha ejecutado, lo que sus ojos han contemplado todos los días de su vida. [...]

La mayor gloria de un edificio no depende ni de su piedra ni de su oro. Su gloria toda está en su edad, en esa sensación profunda de expresión, de vigilancia grave, simpatía misteriosa, de aprobación o de crítica que para nosotros se desprende de sus muros largamente bañados por las olas rápidas de la humanidad.

[...] toda forma noble de arquitectura es en cierto modo la encarnación de la política, de la vida, de la historia y de la religión de los pueblos.

Contra la destrucción del patrimonio histórico:

[...] la conservación de los monumentos del pasado no es una simple cuestión de conveniencia o de sentimiento. *No tenemos derecho de tocarlos*. No nos pertenecen. Pertenecen en parte a los que los construyeron y en parte a las generaciones que han de venir detrás. [...]

Puede ser quizá en el porvenir un motivo de dolor o una causa de perjuicio para millones de seres el que nosotros, habiendo consultado nuestras conveniencias actuales, hayamos demolido tales edificios, de los que nos hizo falta deshacernos.

[...] las gentes que destruyen sin causa son turbas, y siempre que la arquitectura sea destruida lo será sin causa.

Contra las restauraciones abusivas:

El verdadero sentido de la palabra «restauración» no lo comprende el público ni los que tienen el cuidado de velar por nuestros monumentos públicos. Significa la destrucción más completa que pueda sufrir un edificio, destrucción de la que no podrá salvarse la menor parcela, destrucción acompañada de una falsa descripción del monumento destruido. No abusaré sobre este punto tan importante; es imposible, tan imposible como resucitar a los muertos, restaurar lo que fue grande o bello en arquitectura. Lo que, como ya he dicho, constituye la vida del conjunto, el alma que sólo pueda dar los brazos y los ojos de artífice, no se puede jamás restituir. [...]

Mas, se dirá, la restauración puede llegar a ser una necesidad. De acuerdo. Mirad frente a frente a la necesidad y aceptadla, destruid el edificio, arrojad las piedras a los rincones más apartados, y rehacedlo de lastre o mortero a vuestro gusto, mas hacedlo honradamente, no los reemplacéis por una mentira. Examinad esa necesidad antes de que se os presente y podréis evitarla. [...] Pues tened cuidado de vuestros monumentos y no tendréis luego la necesidad de repararlos.

Las intervenciones no deben tener más objetivo que el de retrasar la ruina:

Cuidad de vuestros Monumentos y no tendréis necesidad de restaurarlos. Una hoja de plomo puesta a tiempo sobre el techo, la oportuna limpieza de algún trozo o detritus de madera que obstruye un conducto, podrá salvar de la ruina muros y cubierta [...]. Ligadlo con hierro cuando se disgrega, sostenedlo con vigas si se hunde [...]. Pero su última hora, al fin, sonará; y que suene abierta y francamente, sin que ninguna sustitución deshonorables y falsa lo prive de los deberes fúnebres del recuerdo.

La arquitectura está dotada de alma como una persona y es perecedera:

Lo que constituye la vida del edificio, el alma que sólo pueden dar los brazos y los ojos del artífice, no se pueden recuperar nunca. Otra época podría darle otra alma, pero esto sería un nuevo edificio. En cuanto a la pura imitación absoluta, es materialmente imposible. El primer resultado de una restauración es el de reducir a la nada el trabajo antiguo; el segundo, el de presentar, o cuanto más, por cuidada y trabajada que esté, una imitación fría...

John Ruskin, *Las piedras de Venecia*, 1851-1853 extractos

Tras el análisis de las sofisticadas proporciones de la arquitectura medieval veneciana

Ningún constructor moderno sería capaz de relacionar diversos arcos de este modo, y las restauraciones realizadas en Venecia se han llevado a cabo con manos demasiado violentas como para suponer que todos estos refinamientos fueron apreciados durante los procesos de demolición, y mucho menos imitados en las negligentes reproducciones.

Desolación ante un edificio deteriorado, el Fondaco dei Truchi, en Venecia:

Se trata de una espantosa ruina. Todo lo que pueda haber de venerable o de triste en sus restos queda disfrazado por los sucesivos intentos de adaptarlos a ciertos usos actuales de la clase más baja. [...] Así, en una lucha entre la vida y la muerte, este desagradable amasijo se va pudriendo lentamente, hasta su definitiva desaparición.

Contra el trabajo industrial y a favor de la artesanía

Cuando los artesanos están completamente esclavizados, todas las partes del edificio tienen que ser, por supuesto, iguales entre ellas, puesto que sólo podrá lograrse la perfección de la ejecución si se los ejercita en la realización de una sola cosa, y no se les encomienda ninguna otra tarea. Por tanto, el grado en que el artesano quedará degradado puede ser apreciado de un solo vistazo, observando tan sólo si las diversas partes del edificio son parecidas o no entre ellas. Si, como ocurre con las obras griegas, todos los capiteles son iguales, y las molduras no presentan variaciones, entonces la degradación será absoluta [...]; y si, como ocurre en las obras góticas, existe una variedad constante tanto en los diseños como en la ejecución, entonces los artesanos habrán quedado liberados en su conjunto.

Contra la arquitectura clásica:

[...] dejemos completamente de lado todo lo relacionado con la arquitectura griega, romana o del Renacimiento, tanto en sus reglas como en sus formas. [...] está completamente desprovista de vida, de virtud, de honorabilidad y de capacidad para hacer el bien. Es baja, antinatural, estéril, imposible de ser gozada e impía. Pagana en sus orígenes, orgullosa y falta de santidad en sus reelaboraciones, paralizada en su vejez, haciendo incluso víctimas de su senectud a todas las cosas buenas y vivas que crecieron a su alrededor en su juventud. [...] Es una arquitectura pensada, por lo que parece, para hacer de sus arquitectos unos plagiarios, de sus artesanos unos esclavos, y de sus habitantes unos sibaritas; una arquitectura en la cual el intelecto es indolente y la invención imposible, pero en la cual el lujo queda gratificado y la insolencia fortalecida. Lo primero que debemos hacer es rechazarla, y sacudirnos su polvo de nuestros pies para siempre. [...] todo lo que revele el más mínimo respeto hacia las leyes vitruvianas o el más mínimo acuerdo con la obra de Palladio, no debe ser tolerado nunca más. Liberarnos de estos 'trapos usados y ropas viejas' es lo primero que debemos hacer en el patio de nuestra cárcel.